

MUSEO



El «Instituto de Canarias Adolfo Cabrera Pinto», de La Laguna

Informe realizado por el seminario de geografía e historia

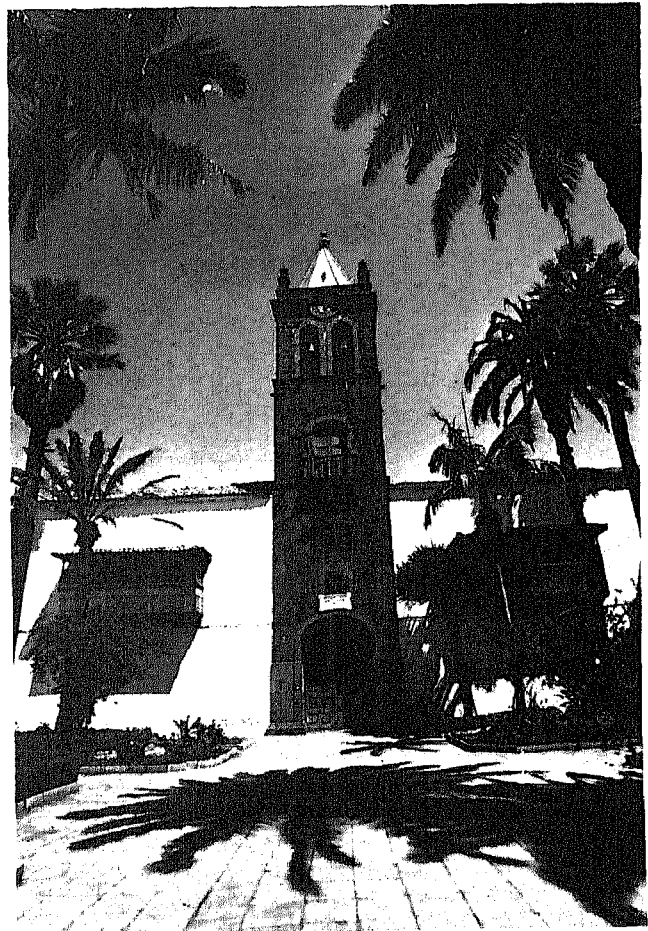


El «Instituto de Canarias A. Cabrera Pinto», de La Laguna, es el más antiguo –y, durante más de medio siglo, el único– de los del Archipiélago. Su historia, como la del edificio que desde su fundación lo alberga, es parte importantísima de la historia de la enseñanza en Tenerife, e incluso en toda Canarias, a partir de la conquista y colonización de las Islas.

El viejo edificio del convento agustino

El instituto ocupa, desde su nacimiento en 1846, el que fuera convento de San Agustín; uno de los más antiguos conventos de la ciudad de La Laguna, pues su creación, bajo la advocación del Espíritu Santo, se realizó seguramente en la primera década del siglo XVI. El convento recibe en 1504 –primera ocasión en que lo nombran los documentos– una «data» de tierras en La Orotava; y parece que empezó a construirse en 1506. Más tarde recibiría otras tierras y casas en Acentejo, Geneto, Arafo, Tacoronte, Icod y La Laguna, entre otros lugares. Y el edificio –convento e iglesia– se completó siendo prior Fr. Pedro de Grímón, hijo del conquistador de la isla Jorge Grímón, entre 1530 y 1560: claustro, dormitorios, celdas y capillas mayor y colaterales se levantaron en esos años.

A principios del siglo XVII se hicieron en la iglesia, bastante deteriorada, reformas y obras de cantería, y se renovaron totalmente las partes de

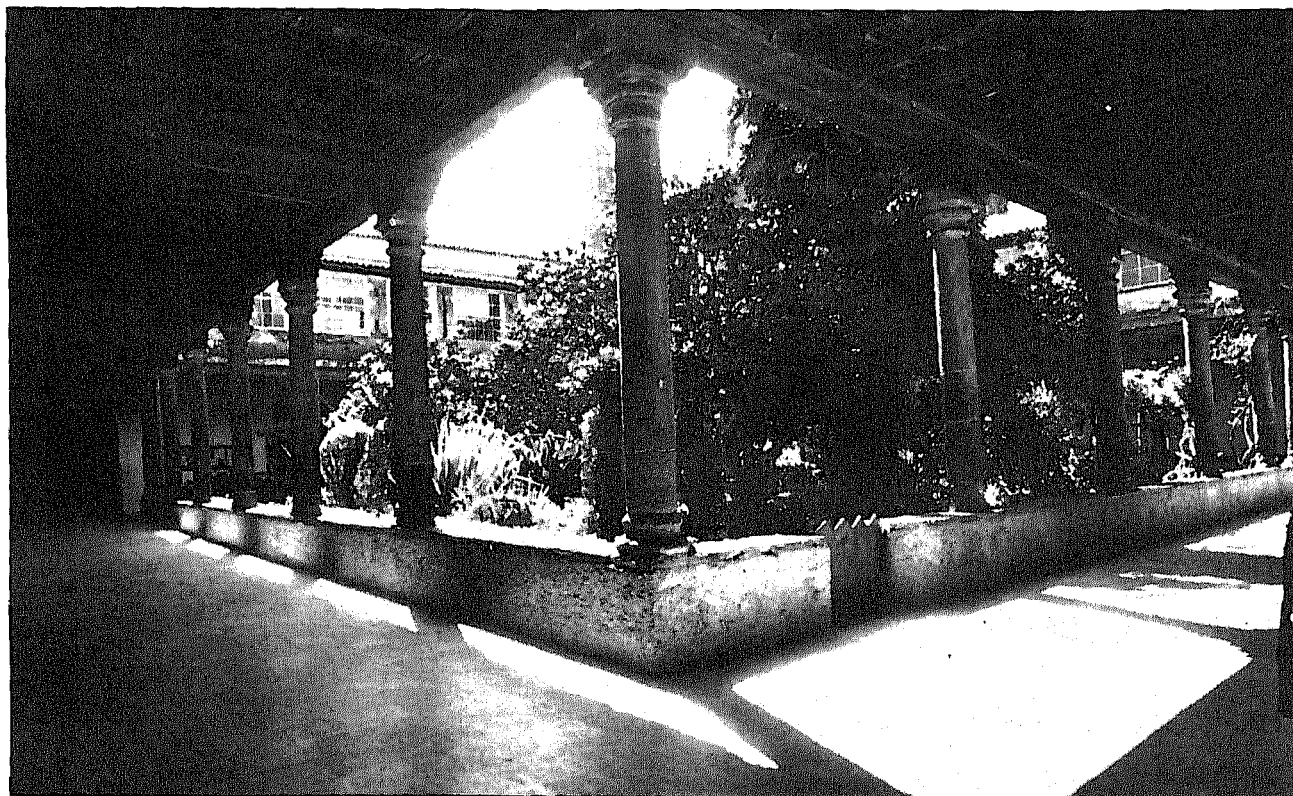


Fachada del instituto. Sobre la puerta, una lápida de mármol reza: «Instituto de Canarias».

madera. El siglo XVIII conoce otras obras y reformas, hasta que en 1765 se decide reedificar la fábrica desde los cimientos. El nuevo templo, de tres naves y que fue el más espacioso de La Laguna, se terminó en 1784. Extinguido el convento, la iglesia de San Agustín fue ocupada temporalmente, a fines del XIX, por la parroquia de la concepción, en razón del mal estado del edificio en que ésta se albergaba; por dos veces alojó al cabildo catedral, durante los trabajos de reedificación de la antigua iglesia de Los Remedios, hoy catedral; pasó a los padres de San Vicente de

1659. Sus sucesores, los Nava y Grimón, marqueses de Villanueva del Prado, como también los Castro y Ayala, favorecieron al convento en varios aspectos, entre otros constituyendo, a finales del siglo XVII, la primera biblioteca.

El convento fue reformado, en su fachada, en el siglo XVIII, construyéndose entonces el torreón cuadrado, terminado en chapitel, en el que se hallan el campanario, la puerta de entrada y, desde principios de este siglo, el reloj. A ambos lados de la puerta hay dos hermosos balcones canarios, cerrados casi totalmente por celosías, de influencia



Parte baja del claustro principal del instituto, donde se encuentra el jardín.

Paúl, después de que el nuevo templo catedral estuvo terminado; y, por fin, el 2 de junio de 1964 la destruyó un incendio totalmente, al menos en lo que se refiere a sus elementos combustibles.

El instituto conserva, a pesar de las numerosas reformas y reedificaciones, una parte del primitivo convento, particularmente en el primero de sus dos claustros, que tiene algunos de los arcos y soportes labrados en el siglo XVI. En torno a ese patio principal, donde hoy se encuentran la sala de profesores, la dirección, la jefatura de estudios y algunas aulas, se abrían otras tantas capillas, fundadas por distintas corporaciones y cofradías de la ciudad o de patronazgo privado. El convento, precisamente, se colocó bajo el patronato de la familia de sus antiguos protectores, los Grimón, en

mudéjar como casi todas estas obras de carpintería en las Islas. «Ha surgido así —resume una especialista en historia del arte— un edificio, iglesia y cenobio, cuya planta y carpintería recuerda el mudéjar andaluz, pero aliado a la cantería, de tanta raigambre en el Archipiélago a través de los portugueses; ahora bien, la centuria decimoctava se hizo patente en múltiples elementos con su aprecio por el barroco, y en algún momento por el neoclásico.

El instituto en la historia de la enseñanza en Canarias

El Instituto de Canarias vino a ser heredero de la Universidad de La Laguna en sus primeras etapas, como a continuación explicaremos; y, en

cierto sentido, antecesor de la actual universidad.

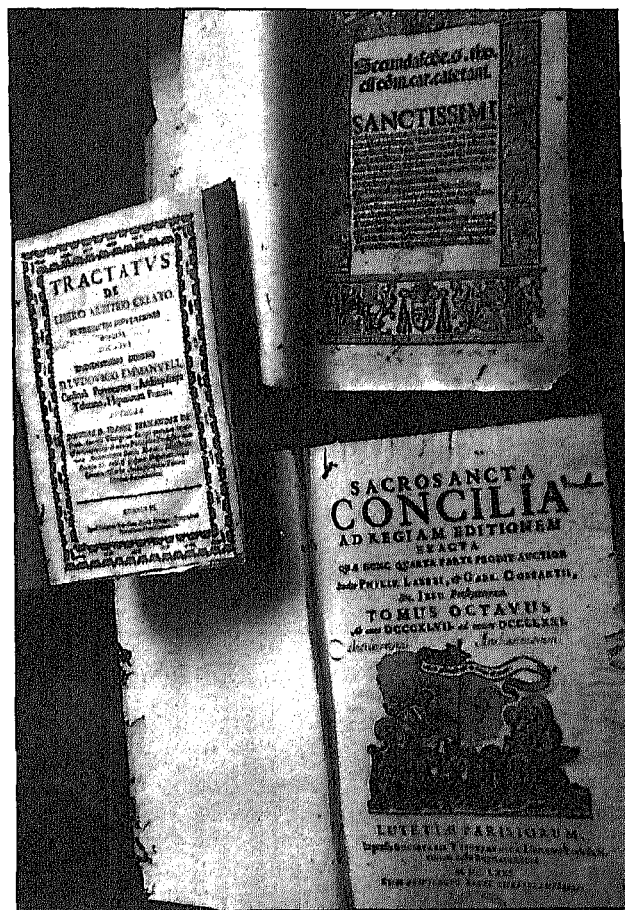
El convento de San Agustín, en cuyo edificio hoy nos encontramos, estuvo desde sus principios vinculado a la enseñanza: en él se impartían desde 1539 los estudios de latinidad y gramática, costeados por el Cabildo (Ayuntamiento) de la isla. En 1701 una bula autorizaba a los agustinos para otorgar los grados universitarios, de bachiller y licenciado; pero la oposición de los dominicos de La Laguna, poseedores también de un antiguo colegio, y el proyecto del cabildo catedral, con sede en Las Palmas, de fundar allí una universidad, paralizaron la aplicación de la bula. Por otra bula de 1744 se creó realmente la universidad en el convento de San Agustín, y llegó a funcionar como tal; pero apenas tres años más tarde fue suprimida.

En 1792, teniendo varios tinerfeños influencia en la Corte, Carlos IV creó la Universidad Literaria de San Fernando, en La Laguna; que no vino a funcionar, sin embargo, hasta 1817. Tuvo su sede inicial en la casa de los jesuitas, también en la calle de San Agustín; en 1821 se trasladó a este convento, más amplio; y en 1836, al producirse la desamortización y consiguiente exclaustración de los religiosos, se le adjudicó todo el edificio que había sido de los agustinos.

Pero esta segunda universidad canaria –lagunera– no duró, tampoco, mucho: la Universidad de San Fernando se suprimió en 1845. En su lugar, y como compensación, se creó, en 1846, el Instituto de Segunda Enseñanza de Canarias, cuya ubicación pretendieron Santa Cruz de Tenerife y Las Palmas, pero que se estableció en La Laguna, heredando el edificio de la desaparecida Universidad –el del antiguo convento–, sus fondos y, particularmente, su biblioteca.

Como una dependencia del Instituto se creó en 1849 la Escuela Normal Elemental de Maestros, que empezó sus clases en el curso 1850-51, aunque en local aparte. En el edificio –esta vez sí– del convento se abrió una Escuela Libre de Derecho, que funcionó desde 1868 hasta 1875. Desde esta fecha, y hasta 1913, no hubo en Canarias enseñanzas universitarias. Hay que decir que el instituto, y cuantas enseñanzas se impartieron en él o de él dependieron, pertenecía al Distrito Universitario de Sevilla.

La creación por tercera vez de la Universidad de La Laguna se fue gestando también en nuestro instituto. En 1913 se establecieron en él las enseñanzas del primer curso de filosofía y letras y del preparatorio de derecho; posteriormente se fueron completando los estudios de la Facultad de Derecho; y, finalmente, en 1927 se creó la Universidad de La Laguna, constituyendo el archipiélago canario un distrito universitario. En el establecimiento de los estudios de filosofía y letras, y en los pasos, esfuerzos y gestiones que condujeron al restablecimiento de la Universidad, tuvo un papel destaca-

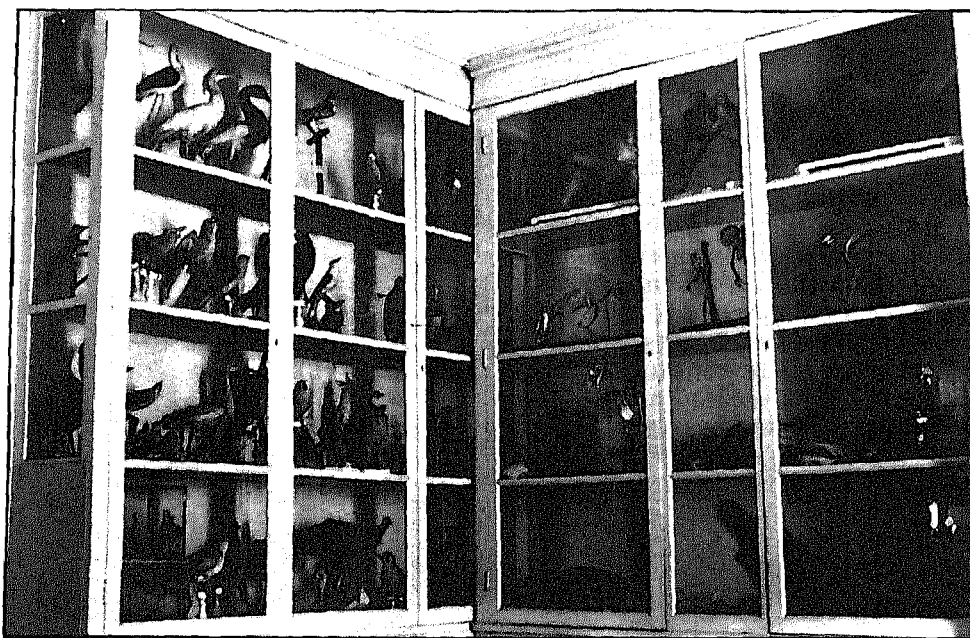


Algunas muestras de la que fue riquísima biblioteca del instituto.

dísimo el que fuera director del Instituto de Canarias, que hoy lleva su nombre, D. Adolfo Cabrera Pinto.

El Instituto de Canarias entre el pasado y el futuro

Habiendo sido el instituto el único existente en Canarias durante setenta años (hasta 1916), es evidente que por sus aulas pasarían estudiantes de las siete islas, hijos de las familias más o menos acomodadas que en aquellos tiempos tenían acceso a la enseñanza. Es evidente que por aquí pasaron cuantos, unos años más tarde, habían de destacar en las ciencias, las artes, las letras o la política; cuantos habían de ejercer las diversas profesiones y constituir las élites dirigentes de la sociedad canaria. Pero quizá no esté de más evocar ese instituto de hace un siglo y recordar a algunas de esas figuras que anduvieron y bulleron por sus clases y claustros, y cuyos nombres se hallan ahora en actas y expedientes: escritores como D. Benito Pérez Galdós –en primer lugar–, Tomás Morales, Benito Pérez Armas o José Betancor («Ángel Guerra»); políticos como D. Fernando León y Castillo, D. Leopoldo Matos, D. José Mesa y López, D. Ra-



Un detalle de otra de las salas del museo.

món Gil Roldán o D. Blas Pérez; científicos como D. Blas y D. Juan Cabrera Felipe; futuros profesores del mismo Instituto, como el propio D. Adolfo Cabrera Pinto, o D. Agustín Cabrera Díaz... Figuras de relieve estatal, regional o, simplemente, local. Naturalmente, la relación podría ser mucho más larga; y, desde luego, nos limitamos al período en que no había en Canarias otros centros oficiales de bachillerato.

El archivo del instituto es fuente de obligada consulta para hacer la historia de la educación en Canarias, porque no sólo figuran los datos de los alumnos que en él recibieron enseñanzas, sino los de otros estudiantes de colegios de todas las Islas que venían a examinarse al instituto, o eran examinados fuera de él por los profesores del mismo, o revalidaban sus estudios; o, incluso, los de otras enseñanzas que estuvieron de distintos modos vinculadas a este centro.

El instituto fue femenino durante un período en que, por desdoblamiento suyo, nació en La Laguna otro, entonces masculino, que hoy lleva el nombre del historiador tinerfeño «Viera y Clavijo». En la actualidad nuestro instituto es, de nuevo, mixto.

La biblioteca, que heredó los libros de la Universidad de San Fernando, se enriqueció notablemente con los fondos de los conventos suprimidos. Convertida en Biblioteca Provincial, estuvo alojada aquí durante un siglo, hasta que en 1942 pasó a ser Biblioteca Universitaria y fue trasladada, años más tarde, a sus actuales instalaciones en la Universidad. Tenía entonces 35.000 volúmenes, entre ellos un códice iluminado del siglo XIV, más de un centenar de manuscritos y un par de decenas de incunables. La actual Biblioteca del

Instituto es modesta, aunque tiene algunos libros –pocos– de los siglos XVI y siguientes. Lo mismo que conserva algunos documentos del siglo XIX: cédulas y órdenes reales, papeles de la Universidad Literaria, de la política y de la vida regionales y locales.

El instituto guarda un buen conjunto de obras pictóricas, que decoran su magnífico –aunque no grande– salón de actos, la sala de profesores y la dirección: cuadros de Julio Romero de Torres, Antonio de la Torre, Eduardo Chicharro, Jaime Garuelo, Diego Crosa, Juan Botas, etc.

D. Agustín Cabrera Díaz, catedrático de ciencias naturales y director que fue del instituto, creó en unas salas de la planta alta, como resultado de una larga y fecunda comunicación con naturalistas de todo el mundo, un museo de historia natural formado por gran número y variedad de animales disecados, insectos y minerales.

El jardín del patio principal encierra también plantas interesantes, con algunos hermosos ejemplares de varias especies, endémicas de las Islas o aloótonas. El instituto tiene numerosos aparatos de física y química, en su mayoría del siglo XIX, sumamente curiosos e instructivos. En el campo de la asignatura geografía e historia, también se conservan algunos aparatos que representan al sistema solar, mapas relativamente antiguos; y, dentro del museo, restos arqueológicos de los canarios prehistóricos: una momia guanche, cráneos, instrumental lítico y cerámica.

Todas estas colecciones e instrumentos no pueden ser hoy utilizados, y ni siquiera debidamente conservados y exhibidos. El crecimiento del número de alumnos en las dos últimas décadas ha relegado ese inestimable material científico y di-

dáctico a vitrinas y desvanes, donde no debe ni puede continuar. Nuestro instituto ha sido un centro de enseñanza y de cultura de primer orden en el Archipiélago. Puede y debe seguir siéndolo. Está actualmente en proyecto la construcción de un nuevo edificio, frente a la trasera del actual. Su puesta en funcionamiento permitirá trasladar el alumnado a esas nuevas aulas y descongestionar la vieja casa de San Agustín. Entonces será el momento de desplegar holgadamente sus ricas colecciones y conservar con mayor cuidado el centen-

ario edificio. Este es el futuro. Nuestros fondos deben ser restaurados, pero no desgajados y sacados de entre los muros y el ambiente de estudio y trabajo en que se reunieron. Reorganizados y expuestos con criterios pedagógicos más modernos, deben ofrecerse a la contemplación, el aprendizaje y el disfrute no sólo de los alumnos de éste u otros centros de enseñanza, sino a más amplios sectores de la sociedad canaria. Esa puede ser una nueva singladura histórica, una nueva aventura cultural del Instituto de Canarias.



Un recuerdo gráfico para la historia del instituto: una excursión escolar al Monte de Las Mercedes, en 1917.